

EDUCACION POPULAR Y FORMACION DEL DOCENTE

Antonio Pérez-Esclarín (Grupo IWA)

A los que estamos empeñando nuestras vidas en la gestación de un Proyecto de Educación Popular, nos parece que el Normativo de la Educación Básica —y la Resolución N° 12 sobre Política de Formación del Docente— presentan rasgos positivos, necesarios, del Perfil del Docente, pero de ningún modo los juzgamos suficientes.

Nos gusta que el Normativo trate de superar la imagen del educador como un repetidor de conocimientos, como un vomitador de palabras de otros, para hacer de él un verdadero profesional de la docencia: un facilitador, un orientador, un promotor de la participación, un investigador... Más interesante todavía nos parece el intento de rescatar la imagen hoy perdida de "Maestro", un hombre de gran peso moral en la comunidad, que no sólo enseñaba, sino que era ejemplo de vida. Todo auténtico docente debe ser un Maestro. Pero sólo es maestro quien logra descubrir que la relación con el otro pasa profundamente por la maduración de la relación con uno mismo y por la conquista de la autenticidad personal. Sólo quien se comprende a sí mismo, puede contribuir a que los demás comprendan la realidad y se comprendan a sí mismos. La personalidad del maestro es uno de los elementos esenciales de la situación educativa: No se enseña lo que se sabe o lo que se cree saber: se enseña fundamentalmente lo que se es.

Por todo esto, es evidente que el educador, en cuanto formador de personas, debe estar revestido de condiciones especiales y que, por lo tanto, no puede ser la educación una profesión donde se refugien —como era el caso antes con las Escuelas Normales— muchas personas que necesitan resolver con urgencia su situación económica; ni puede ser una profesión donde acudan los que no tienen cabida en otras carreras consideradas como de más status, prestigio y remuneración, como es el caso en la actualidad. Resolver esta situación exige, por supuesto, mejorar sustancialmente la actual situación del docente, pero no vamos a tratar este aspecto en este momento.

Las líneas que siguen no son un mero ejercicio teórico, un deber ser pro-

clamativo. Son el fruto de una larga práctica en el intento de construir un proyecto de una verdadera educación popular, proyecto que, entre otras muchas cosas, postula docentes distintos y, por ello, la necesidad de formarlos. Con los docentes que egresan de las actuales escuelas de educación, es muy difícil llevar a cabo un proyecto de educación popular, a no ser que entren en un proceso de deseducación, de transformación. Nuestra búsqueda de docentes nuevos viene desde nuestro trabajo en la Normal Nueva América, las reflexiones y trabajo en la Coordinación de la Comisión Pedagógica de Fe y Alegría, y la gestación de un Proyecto de Profesionalización de Docentes en Ejercicio, proyecto que lleva más de dos años de implantado, y que está avalado por la Universidad Experimental Simón Rodríguez, mediante su subsistema experimental CEPAP: Centro de Experimentación para el Aprendizaje Permanente.

LA EDUCACION ANTIPOPULAR

Si fuimos tan categóricos al afirmar la necesidad de un docente distinto para la implantación de un proyecto de educación popular, es porque consideramos el actual proyecto educativo como antipopular, es decir, que va contra los intereses del pueblo. El sistema escolar, de cualquier sociedad, es reflejo fiel de la política e ideología de los grupos gobernantes o de los partidos políticos en el poder. Educar es, fundamentalmente, socializar; es decir, preparar individuos para una sociedad concreta e ideológicamente definida. El primer objetivo del sistema escolar es inculcar funciones, conductas, creencias y valores. En breve, dotar a cada hombre de una ideología de modo que su inserción en la sociedad no signifique una contradicción o un conflicto. El sistema escolar forma la cabeza —ideología— y el corazón —los valores— para que el educando se inserte lo mejor posible en su sociedad en vez de transformarla. En este sentido, la educación le roba al pueblo a sus mejores hijos, hace de ellos desertores de su gente y de su clase, contribuye —si se me permite la expresión— a "despueblar"

a los más capaces de nuestro pueblo. La educación se asume como un medio de superación individual en esta sociedad de injusticia, de insertarse en ella lo mejor posible para así reproducirla, y no como un proceso clarificador para transformarla. Los educadores, no importa que lo hagamos consciente o inconscientemente, somos sostenedores de la actual sociedad de injusticia. Para ello hemos sido formados.

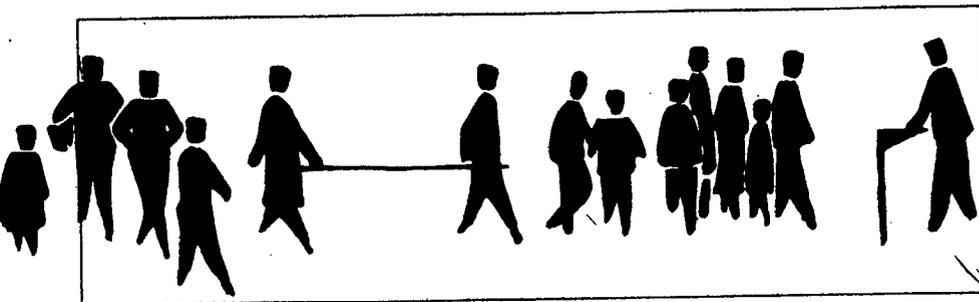
EL EDUCADOR POPULAR

Para nosotros, que desde la educación queremos contribuir a transformar esta sociedad esencialmente injusta, la educación es sólo popular si acompaña al pueblo a construir su identidad en el proceso de irse convirtiendo en el sujeto de su proyecto histórico alternativo. Educar es, pues, impulsar la organización de los sectores populares. Es consolidar el poder popular.

Ahora bien, buscamos una educación para transformar la sociedad, el país; pero ¿es posible sin que los docentes nos transformemos? Pero, hay más: ¿es posible transformar a alguien si esa persona no toma parte activa en su propia transformación? Para cambiar la educación, hay que cambiar a los docentes; pero ello es imposible si cada uno no tiene la intención de transformarse a sí mismo. Esto supone entrar en un proceso de "deseducación", una verdadera conversión a la causa del pueblo. Supone transformar la manera de pensar y de las propias estructuras mentales, tirar por la borda toda esa basura que nos han inculcado desde aun antes de nacer para que nos empeñemos en ver como normal un mundo esencialmente anormal, para que consideremos como orden al desorden total.

Aun a riesgo de simplificar, me atrevería a señalar algunas condiciones del docente popular:

La primera condición para ser Educador popular es ser Servidor del Pueblo. Con sus valores, con sus creencias, con sus costumbres, con sus intereses, con sus formas de vida. La primera condición para toda pedagogía verdadera: la fe en el pueblo. Creer en el pueblo supo-



ne estar convencido de que puede convertirse en sujeto de poder: puede pasar de situación de clase a conciencia de clase y que la educación puede guiar e impulsar ese proceso.

Esto postula una opción vital, existencial, por la causa del pueblo. No se trata tanto de conocer al pueblo, ni siquiera de vivir con él, cuanto de jugarse la vida por un proyecto que ilumine el camino de la conversión del pueblo en sujeto de su propia liberación. Proyecto de ellos, de uno con ellos, nuestro. No es que yo vaya a liberar a otros. Voy a liberarme liberándonos. Vamos a liberarnos juntos.

Esta opción vital, existencial, es también una opción de ruptura. Parte del convencimiento de que el proyecto de las clases dominantes nos lleva a un callejón sin salida, causa lo que luego dice va a combatir: la miseria, la injusticia, la alienación... Opción que es sustentada por una visión y unos valores que penetran la vida y la práctica, y que van generando una nueva cultura, unas nuevas relaciones, una nueva civilización.

La fe en el pueblo no puede ser una fe ingenua, sino madura, adulta, que nace de un espíritu crítico. La fe nos exige aceptar al pueblo como es, pero aceptar también lo que puede llegar a ser. Los pobres de nuestros barrios no por ser pobres son automáticamente agentes de liberación: requieren pasar de masa a grupo consciente, abatir los modelos de opresión que les contagia y les inculca el Sistema, superar las lacras morales que les ha generado su nacimiento, la confictividad ambiental y ese mismo Sistema cuyo precio corruptor ellos, en gran parte, vienen a pagar. No olvidemos que el pobre es víctima directa de toda la ideologización del sistema y por ello termina pensando y obrando como su opresor quiere que lo haga. Esto nos obliga a comprometernos cada vez más en un proyecto educativo que acompañe al pueblo no a seguir como masa de manipulación; tampoco en cuanto busca integrarse lo mejor posible en esta sociedad de injusticia, sino en cuanto trabaja y se organiza para construir una nueva sociedad.

El objetivo fundamental de un proyecto de formación de docentes populares no puede ser ya mejorar las técnicas, error de todo reformismo pedagógico, que busca modernizar la escuela para que no cambie en lo fundamental y pueda así cumplir con más éxito su papel reproductor, sino promover cambios reales e inmediatos en el pensamiento y la conducta de los docentes.

En este sentido, es iluminador el reduccionismo que se opera en la interpretación de los rasgos del Perfil del Educador que plantea la Escuela Básica. Así, por ejemplo, de los 37 rasgos que se enumeran para explicitar lo que significa ser "facilitador", 30 presentan una orientación tecnocrática (planifica, organiza, diagnostica...) y solamente 7 se sitúan en un contexto un poco más amplio ("interpreta adecuadamente la filosofía y política", "analiza los principios"...). Esta orientación tecnocrática induce a considerar en el docente rasgos de una aparente neutralidad social y a dotarlo de múltiples técnicas instrumentales, reduciendo el problema de su formación a la capacitación en técnicas (1).

De este modo, bajo la aparente neutralidad de la educación, se trata de encubrir el hecho de que la actual educación —con escuela básica o sin ella—, junto con los Medios de Comunicación, el principal sostén del mundo de injusticia que vivimos.

LA FORMACION COMO UN PROCESO DE AUTO-SOCIO-CONSTRUCCION DE LA PERSONALIDAD

Frente a la degradación del acto educativo que se ha reducido a la repetición de conocimientos y conductas más o menos bien digeridas y memorizados, nosotros concebimos la formación como un proceso de liberación individual, grupal y social. Formarse será entonces construirse, planificarse, inventarse, llegar a ser esa persona que uno mismo se propone ser. Buscamos entonces una formación para que el educando sea su propio autor. Hablamos entonces de un proceso de auto-socio-construcción de la personalidad(2). La formación será en-

tonces una formación y una transformación permanentes. Y aquí radica la verdadera dificultad, mucho más que, como nos gusta repetir, en las deficiencias presupuestarias, en los programas, en las faltas de dotación, en los textos, en los supervisores. La formación que proponemos supone una lucha constante por lograr la propia transformación y la de todos que, sólo así, podremos contribuir a transformar el país. Esto supone una verdadera batalla en la que cada uno, junto con los demás, y con la ayuda de ellos, se convierte en escenario de la propia revolución cultural.

Estamos refiriéndonos, pues, a un proyecto educativo autogestionario y participativo en el que el alumno se comporta como sujeto activo, como coautor e incluso como el principal autor de su propia formación. Pero hablamos de auto-socio-construcción de la personalidad. Nadie se educa solo. Estamos hablando de un equipo donde todos somos maestros y alumnos, equipo que garantiza la coherencia mental y pedagógica. Equipo que sea capaz de elaborar conjuntamente las principales bases de su propia formación. De ahí que la investigación participativa, el diálogo y la confrontación se convierten en el método básico de estudio. Esto supone un intercambio permanente entre práctica y teoría, una continua reflexión del hacer. La teoría y la práctica se esclarecen sin cesar, "construyéndose" progresivamente una a la otra.

En breve, el proyecto de la auto-socio-transformación del conocimiento y la personalidad, implica fundamentalmente aprender a ser y aprender a aprender.

1) Aprender a ser

Aprender a ser un hombre pleno, realizado, que busca un mundo donde cada hombre sea valorado por su ser de hombre y no por lo que tiene. Esto supone asumir al educando en su totalidad de persona —y no sólo como intelecto— con su afectividad, que en la actualidad queda fuera de los pensa curriculares (3). Es realmente sorprendente que la serie de pruebas, exámenes, tests, que se elaboran para ingresar en las casas de estudio tratan de medir la "edad mental" o el cociente intelectual y nunca la edad afectiva ni la búsqueda del desarrollo de la maduración. Tenemos así un sistema educativo cuyo fin primordial es dotar al alumno de una serie de títulos que se creía iban a resolverle su subsistencia económica, sin preocuparse demasiado por el desarrollo global de la persona, es

decir, su aptitud para existir en el sentido pleno de la palabra. De las universidades egresan montones de profesionales prealienados, inmaduros y conformistas, terriblemente individualistas, incapaces de contribuir a los cambios necesarios que permitan la humanización de la jungla en que vivimos.

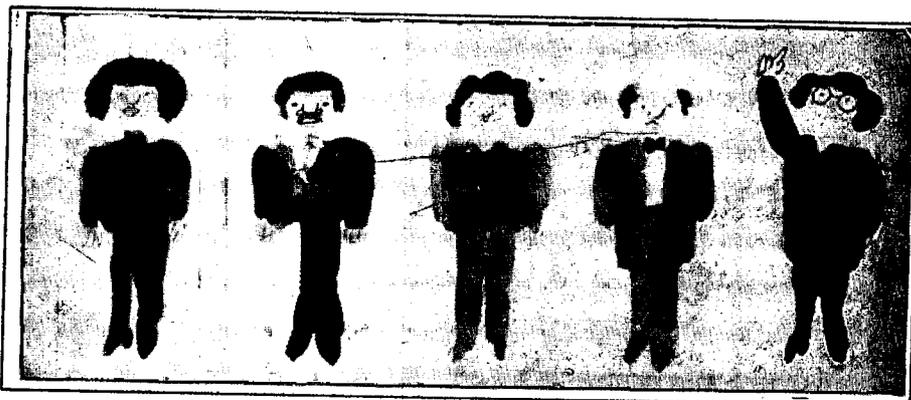
Por ello, una vez más, para no ser un juguete de los demás, de la sociedad, el destino individual y el destino colectivo deben transformarse en proyectos de vida. La libertad no es en sí misma un valor que haya que buscar o alcanzar, porque sólo se encuentra en la línea de mira de la liberación. La formación será entonces un proceso de conquista de la libertad, que se va logrando en cuanto que uno se va liberando de las cargas y ataduras que lo deshumanizan.

Ahora bien, no hay verdadera libertad sin responsabilidad. Ser hombres, existir como hombres, es ser responsables. Y una de las maneras más claras de medir nuestra responsabilidad es la capacidad de autocontrol y de autoevaluación, de autoplanificación de nosotros mismos, para llegar a ser lo que, en definitiva, nos hayamos propuesto ser. El que nunca se termine de madurar no puede dispensar a nadie de empezar a hacerlo. La piedra filosofal de la educación es, inversamente a lo que se hace hoy, integrar de un modo progresivo, feliz, el mundo en uno mismo.

2) Aprender a aprender

Este aprender a ser supone un continuo aprender a aprender que se va logrando a medida que se aprende a hacer. Esto exige el dominio de las herramientas de aprendizaje, la instrumentación de métodos de investigación militante y de análisis, métodos de trabajo que permitan analizar, investigar, descubrir, inventar por sí mismo.

Desde el punto de vista metodológico, todo proyecto de formación debería suministrar más métodos de investigación que resultados enlatados, presentar más los procesos que los simples datos aislados, enseñar más el cómo que el qué. No se trata ya de que los alumnos sepan, sino que sepan analizar, aplicar, recrear, interpretar, resolver, hacer... La interdisciplinariedad debe volver a pensarse de manera inversa a su significado habitual. Debe concebirse mucho menos en relación con los contenidos y conocimientos, que con la construcción del pensamiento y de las herramientas conceptuales. Lo importante es la construcción de un pensamiento científico, relacional y dialéctico. Sólo el educador



que posee un pensamiento crítico y coherente es capaz de contribuir a la gestión de ese tipo de pensamiento en los educandos. Buen alumno no es tanto el que repite cosas, el que responde contenidos, sino el que hace las preguntas pertinentes.

Por todo esto, en nuestro proyecto de formación ponemos un énfasis especial en el dominio del lenguaje. Poseer el lenguaje es algo mucho más complejo que leer o escribir mecánica o rutinariamente. Poseer el lenguaje es la primera posibilidad para poder ejercer el derecho a una existencia plena. **El hombre es hombre en cuanto es capaz de decir su propia palabra.** Pero por ser el lenguaje tan importante, es por ello mismo tan MANIPULADO. Si el lenguaje es el medio fundamental de liberación, lo es también de dominación. De ahí que los agentes de dominación ponen su esfuerzo en que el pueblo no diga su propia palabra, sino que repita las de ellos; que se deje dirigir, moldear; que acepte la visión del orden, del mundo, de la educación, de la cultura..., que les conviene a ellos. Por esto, si los centros educativos no crean un ambiente propicio para que el alumno pueda expresar creativamente su palabra y su mundo; si ponen como modelos a imitar las palabras y modos de expresión y cultura de los grupos que dominan; si imponen las lecturas, las palabras, las formas de expresión, están matando lo más importante del alumno, están abortando la posibilidad de que en él se desarrolle un hombre verdadero.

EL APRENDIZAJE DE LA AUTOGESTION

Nuestro proyecto educativo se fundamenta sobre la práctica de la autogestión como medio educativo fundamental; pero la experiencia nos dice que la autogestión supone una serie de condiciones favorables que no suelen estar en los maestros: autonomía de las personas, hábitos de reflexión y de tra-

bajo, capacidad de síntesis, clarificación de la dimensión política del hecho educativo, dominio de las herramientas de aprendizaje, desarrollo de la responsabilidad, habilidades para el trabajo en equipo... Cualidades que no son innatas ni se logran por decreto o por proclama, sino que son el fruto laborioso de una larga paciencia y de una conquista tenaz.

De ahí que, y siguiendo la metodología de CEPAP, nosotros ponemos mucho énfasis en un tiempo de participación facilitada que haga posible la posterior participación autogestionaria.

Tratando de resumir, los objetivos fundamentales de este tiempo de participación facilitada serían los siguientes:

1) Buscamos que el proceso de aprendizaje sea un tiempo para crecer como personas, para ir madurando una opción por una práctica educativa distinta, de modo que no sea sólo tiempo de aprender a ser un buen profesional, sino, fundamentalmente, de ser un EDUCADOR en el más rico sentido de la palabra. Por ello, insistimos en la reflexión sobre la vocación, sobre el actual sistema educativo, y sobre el rol del docente desde la perspectiva de la construcción de una práctica educativa liberadora.

2) Como enfatizamos también el Aprender a aprender, insistimos en el dominio de las herramientas de aprendizaje y en la construcción de un verdadero ambiente de aprendizaje (lectura, escritura, cálculo, desarrollo del pensamiento crítico y de la capacidad de reflexión, lectura de la realidad, síntesis y globalización, práctica de la autogestión y cogestión de los aprendizajes, de la economía interna, de las pautas organizativas...)

3) El centro fundamental de todo aprendizaje es la escuela de cada participante. Toda unidad estudiada debe generar un cambio (sea en los contenidos, en la pedagogía, en las relaciones, en la evaluación, en la apertura de la escuela a la comunidad, en la creación de recursos didácticos...). La articulación dialéctica teoría/práctica y práctica/teoría buscan

ser un solo discurso.

4) Seguimos la metodología de proyectos y propuestas de aprendizaje, de modo que el proceso de aprendizaje viene a ser una respuesta a los intereses y necesidades descubiertos por el participante en la práctica. Cada participante debe reflexionar permanentemente sobre sus aprendizajes (qué sabe, cómo aprende lo que sabe, qué necesita aprender...) y en base a esta reflexión elabora las propuestas de aprendizaje.

5) En esta etapa de participación facilitada el participante debe descubrir cuál es su rol profesional definitivo (en qué y cómo se ve realizado profesionalmente, qué le gustaría ser y qué necesita para llegar a ser lo que le gustaría) de modo que la etapa de autogestión sea un tiempo para ir desarrollando —con su equipo de sistematización que tiene intereses semejantes— los conocimientos, destrezas, actitudes y habilidades que le posibiliten ir siendo lo que quiere ser.

6) Si bien el rol profesional definitivo lo determina cada participante según sus intereses, gustos y aprendizajes, todos los participantes deben desarrollar los objetivos comunes según el perfil del Educador Popular que decidimos colectivamente en unas largas jornadas de reflexión.

Por supuesto que todo el proceso es sometido a una evaluación permanente. Donde no entendemos la evaluación permanente como una multiplicación de los exámenes, sino como un momento de reflexión, de análisis, de síntesis, de clarificación de cómo vamos caminando, una extraordinaria oportunidad de crecer individual y colectivamente. La evaluación comprende la autoevaluación, la coevaluación del equipo de sistematización y del colectivo, la evaluación de los facilitadores y de todos los aspectos de cada proyecto, propuesta o unidad. Sólo así pensamos que vamos poniendo las bases a un proceso de formación que, como decíamos al comienzo, sea un crecimiento permanente, una inacabada construcción de la personalidad, una continua transformación para ir viviendo a plenitud nuestra opción de educadores populares, es decir, de servidores de la causa del pueblo.

NOTAS

(1) Cf. "Educación Básica: El Docente. Su perfil y formación". Serie La Educación en Venezuela, N. 14. CERPE, Caracas.

(2) Cf. Henri Bassis, *Maestros, ¿Formar o Transformar?* Gedisa, Barcelona, 1982.

(3) Cf. Jacques Ardoino, *Perspectiva Política de la Educación*, Narcea, Madrid, 1980.

QUIEN Y COMO FORMAR A LOS FORMADORES DE DOCENTES

F. Javier Duplá

INTRODUCCION

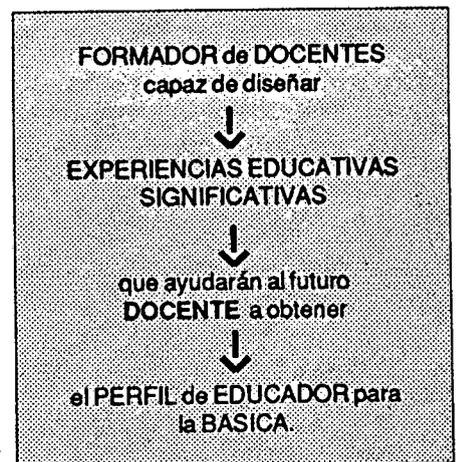
Pocas veces se concentra tan acertadamente en una frase la magnitud y la dificultad de una tarea. Se trata de formar docentes óptimos, tal como los pide la Educación Básica y los necesita un país en descomposición. Pero para formarlos hacen falta formadores de unas condiciones tan peculiares que nos podemos preguntar si la empresa no es imposible. Y, para agudizar la dificultad, la manera de formarlos —el cómo formarlos— no puede seguir patrones tradicionales. En esta cadena de exigencias de calidad y de novedad —docentes nuevos, formadores de docentes extraordinarios, metodología distinta— alguno de los eslabones puede fallar y echar a perder todo el producto final, que en definitiva es nada menos que educación de los niños de este país.

Al llegar aquí tengo que volver sobre este último punto —la educación de los niños, de los jóvenes—, que fácilmente pasó desapercibido, o no se le da la trascendencia inmensa que encierra. Educar a los niños es la tarea más sublime que puede emprender un ser humano. Ayudar a otro ser humano a crecer como persona, a entrar en relación armónica con los demás, a conocer, admirar y aprovechar respetuosamente la naturaleza maravillosa, a barruntar el misterio del ser y de la trascendencia, a llenar su propia vida de sentido... es dar vida, no la vida orgánica y corporal, que muchos transmiten irresponsablemente, sino la verdadera vida, la del espíritu, la del sentido, la de la realización, la de la trascendencia. Pues bien, nuestra sociedad miope, torpe, estupidizada, no aprecia la trascendencia magnífica de la vocación docente. Es más, la menosprecia, para admirar y aplaudir al comerciante inescrupuloso que hace dinero, al ladrón que se roba los dineros públicos y des-

falca los bancos desde los puestos directivos. Así nos va.

Pero volvamos al tema: quién y cómo formar a los formadores de docentes. El perfil del docente de Educación Básica nos describe con lujo de detalles las características, los roles y las competencias que debe poseer el educador de Básica. En función de esas características debe estar la formación que se imparte; en otras palabras, las experiencias educativas por las que pase el futuro docente deben ayudarle a obtener el perfil. Por último, el formador de esos docentes ha de ser alguien capaz de diseñar ese conjunto de experiencias educativas significativas.

En esquema:



Todavía queda la pregunta, esos formadores, ¿cómo y quién los forma? Pero antes de entrar a responder esta difícil pregunta, quiero hacer algunas precisiones sobre el esquema anterior.

LIMITACIONES DE LAS POSIBILIDADES FORMATIVAS

1) La formación no es un proceso